

cho; observó rápidamente las heridas más notorias; quiso tomar el pulso y quedó entre asustado y curioso observándole las manos hidrópicas. . "Grave. Muy grave", exclamó. "Hay que llevarlo al yate en seguida".

En la subconsciencia de Tzirosto pasaban cosas insólitas: cuando el joven hizo el tiro se sintió a merced de un gigante envuelto en pieles blancas y de carrillos inflados. Lo sopló helándole los nervios que se trocaron en filamentos de vidrio. En seguida tomándolo por los extremos del cuerpo lo dobló en arco. La estructura vítrea crujió y salían dondequiera puntas sangrientas perforando la carne. ¡Tinieblas!

Lo llevaron hasta el lugar donde un arroyo clarísimo se echaba al río. (También los ríos son más claros cuanto más niños). Amarrada a un arbusto se balanceaba una lancha de motor pintada de rojo y blanco. Consorcio agradable y sin embargo esos colores simbolizan sentimientos opuestos, por eso tal vez nos deleiten: porque amamos los contrastes; porque nos complace destrozar el letargo con violencia; progresar a saltos repentinos; quebrar los ventanales de la tradición con gajos de granito; romper la "paz" a que nos condenan, con granadas, porque todavía los sueños del futuro están envueltos en humo, porque nuestras aspiraciones siguen siendo dinamita que más violentamente estalla cuando la roca que la oprime es más compacta, porque siempre habrá problemas y esa inquietud perenne que aborrece a la inercia. Nada continuado

es bello: Todo cansa: Lo agradable se suicida en la constancia.

El motor sonó. La embarcación veloz irguiendo la proa iba por la columna vertebral del río que se abría como un libro.

—¡Raro!

—Si. En estos bosques no hay gente.

—Es un advenedizo.

—Tal vez pueda contar de dónde vino.

El agua se retorció en la epilepsia de nuevas conmociones: echaba por la herida espumajos y escondía entre líquenes sus peces. Aquella lancha de armonía sintética desordenaba la vida de la selva, como confunde al espíritu salvaje la música primera.

—Las heridas, rasguños y espinas los tiene por delante.

—¿Son graves?

—En la espalda y en la pierna derecha hay dos fuertes golpes. En un parietal, otro.

—¿Tiene quebraduras?

—Este raspón del pecho comienza a infeccionarse.

—Creo que traemos algunos desinfectantes.

—El pulso está muy débil.

—Quién sabe desde cuándo no come.

—Va en aumento la fiebre.

Cruzaban el cielo algunos pájaros como corazones palpitantes. Otros, desde los ramajes, alargaban los cuellos curiosos y algunos reptiles, escon-

diendo el cuerpo; también espían con miradas de ave.

—¡Lo peor son las manos! ¡No quisiera ni verlas! ¡Están monstruosas! ¡Igualmente inflamadas, descompuestas! ¡Parecen tarántulas muertas!

—¿Dónde pudo hacerse tanto daño?

—No tengo instrumentos para hacer un examen que me otorgue alguna confianza en mi diagnóstico. La Ciudad más cercana está demasiado distante para el caso. Debo actuar y temo equivocarme. . .

El estuche que traje es muy reducido.

—Cualquier cosa que le hagas es mejor que nada.

—Vetas moradas: Nubarrones de muerte que avanzan. A ratos se retuerce. La intensidad del dolor llega hasta su desvanecimiento como los resplandores isócronos de un temporal lejano.

La tarde voluptuosa se echó de bruces sobre el río, vestida con celajes magníficos. Las charcas que en los playones dejó la marea, semejaban paletas abandonadas. Entre ellas, corrían aves zancudas picoteándolas. Otras, en gran algazara, huían de las cejas de arena sobre el nivel del agua.

—¡Inerte! No sé su opinión y si la supiera lo mismo sería porque mi "deber" es hacerlo vivir como si todo fuera preferible a la muerte. ¡Estulticia! Y el médico que no la acate ciegamente es un "criminal".

—¿.....?

—¡Y si a eso se suma alguna horrenda situación moral, qué actitud podría ser más inhumana que vol-

verlo a ella y volverlo así, cuando estaba a punto de morir, de olvidar!... Evade el torrente del sino donde la vida lo asfixia inexorable, y cuando se acerca a las hierbas de la orilla nuestras manos piadosas lo sumen, lo salvan!

—¡Qué fácil se despeña tu lógica! ¿Si quisiera vivir a pesar de lo que supones? ¿Si debiera vivir? ¿Si la felicidad de muchos estriba en que no fractures ese filamento que cayó en tus manos, por qué habrías de romperlo? También es posible ésto.

—¿.....?

—No hagamos hipótesis. Esta vez, lo más razonable es que cumplas con tu "deber" de médico.

—¿.....?

—¡No lo digas! ¡Ya lo sé! Pero tu eres cirujano y yo pianista y qué sabemos de él?

Las nubes habían perdido el oro como joyas chapadas. Islotes en desorden adornaban el estuario. Pasaron las últimas aves sumergiéndose en la noche. En una ensenada: El yate ornado con luces policromas que rompían en ánguilas de colores al tocar el agua.

—Papá. Ya vienen.

—¿Tan temprano? Dijeron que iban a quedarse encandilando.

—Tal vez cazaron algo.

—Lo dudo. Siempre que van de cacería vuelven con orquídeas.

—¿No es mejor así?

—Desde luego Yuriria.

—Gritan:...

- ...Traemos un huésped.
- Hay sitio hasta para diez.
- ¡Es cierto !Es un muchacho herido.
- ¿Quién es?
- No lo sabemos.

Subieron con el enfermo. Hubo preguntas, respuestas y órdenes atropelladas. Yuriria experimentó una emoción intensa al verle el rostro agónico y herido y las manos. Jamás había imaginado cosa parecida y quedó estupefacta, arrinconada en sí misma, gélida, con los ojos clavados en Tzirosto, próxima al paroxismo. Mientras el doctor corrió a su camarote a ver de qué disponía, Zirándaro improvisaba una mesa de operaciones y Yuriria, de rodillas, limpiaba la cara de Tzirosto con algodón húmedo. Las manchas de sangre iban desapareciendo bajo la fricción de sus manos; la piel reseca se tornaba suave; las heridas parecían más pequeñas y los golpes menos graves. Le arregló el cabello enmarañado y la faz se despejó con majestad. Ella seguía afanosa como apartando las sombras para asomarse a la aurora.

- ¡Parece otro!
- ¡Es difícil reconocerlo!
- ¡Lo transformaste!
- ¡Si todo sucediera así!
- ¿.....?
- Ahora seguimos nosotros.
- ¿No puedo ayudarlos?
- “No”. Y haciéndole un mimo concluyó: “Déjanos solos”.

Inclinada sobre el barandal de la cubierta Yuriria cavilaba. El trajín, la intermitencia de las voces que no llegaba a entender y su inacción le producían una gran congoja. Ofuscada corrió hasta la proa. Mirando los contornos inciertos de la costa fué entreabriendo la imaginación.

Claridades matutinas que presagian un orto. Esa quietud que participa de lo más sutil de los sentidos y no está en ninguno, eso que extrangulan las palabras, que destrozan la línea y la forma, que funde el tacto, que mancha el color y que rompe la nota, flotaba en Yuriria. Eso que únicamente podemos sentir sin fijarnos en que lo estamos sintiendo. Esa comunión integral del ser en los remansos del tiempo! ¡Instantes! Eternidades.

Sopló el viento halagando a Yuriria, como alborozaba a los pajonales. Una placidez íntima la invadió. Como sargazos, los ensueños difusos se apartaron abriendo un camino azul. La abstracción buscó un cauce fluyendo por él. El estro halló el sendero de la idea... El rostro que había hecho eclosión entre manchas de sangre y piel tostada, apareció radiante en su interior. Ora lo miraba a través de sí misma entre las mallas electrizadas de su carne, ora, sobre la euritmia de un cuerpo colosal y translúcido hundido hasta la cintura en el río, como si éste se incorporara para contemplarla... Fué apresurada hacia él por encima del agua, con los brazos levantados y la vista alzándose para no perder la sonrisa conque la seguía desde la altura. Así, res-

baló veloz hasta el centro del cuerpo y lo vió sonreír por dentro. Sintió una caricia delicada y nueva. Permaneció como estaba cerrando los ojos. El titán comenzó a girar sobre su centro y a descender. Se puso más enhiesta. Inclino la cabeza sobre la espalda. El contacto del hombre girando se le ajustaba más. El remolino crecía. La excitaba una sensación placentera de vacío. Bajaba en espiral cada vez más estrecha y se adhería mejor a su cuerpo; por fin, vió al joven desconocido que asiéndose a su talle, se detuvo en un abrazo sensitivo besándola con arrebató.

El sacudimiento final la sacó del arrobó. Un deseo perentorio de ver al enfermo la puso de pié.

Zirándaro, en actitud ritual, abandonaba el salón inclinado sobre una bandeja. Por corredores perpendiculares iban a encontrarse. Yuriria aceleraba el paso atraída por el silencio y pensaba: "Debe estar hermosamente transformado; quizá haya vuelto en sí". En eso entraba al vestibulo y se halló frente a las manos amputadas del enfermo en la bandeja sangrienta que traía Zirándaro: "Gangrena".

En el despeñadero de la sorpresa dejó al borde la razón sosteniéndola por el hilo de un grito y se meció largos segundos sobre el síncope sin desprenderse ni subir; por fin se agarró penosamente a los picos de la roca y ascendió desgarrándose.

Ningún trecho tan cruel como el que une en circunstancias tales al espanto y a la certeza, al asombro y a la tragedia. Largos años la iban a perseguir

como pulpos fantásticos, aquellas manos flotando en sangre negra. Allí las llevaba, como rejas, estrujándole el cerebro, marcándolo con huellas ígneas, indelebles.

Fué una de esas tormentas que se resuelven en lluvia; se salió de los brazos de su hermano y lloró copiosamente sobre el pecho de Tzirosto. Los suspiros se desvanecían imitando las olas en vaciante y sobre ellos, como lancha de remos, escuchó al corazón de Tzirosto latiendo indiferente a la desgracia.

En la misma noche el yate se balanceaba en las bocas oteando al mar.

— ¡Qué contrariedad!

— ¡Qué desventura!

— ¡Pobre muchacho!

— Nos destrozó las vacaciones.

— Se quedó sin manos.

— ¡Y vivirá!

— No las necesita. Es un vagabundo. No olvidéis donde lo hallasteis.

— Eran caliosas.

— No vino en yate.

— ¿Qué insinuáis, no os he conservado una fortuna?

— Sí. Porque tienes mil manos.

— Quinientos obreros.

— Ya os llegará la ocasión de restituir lo que tenéis si no es vuestro! ¡Perros! Entonces es cuando quisiera veros y no podré... Tenemos derecho a la

conservación, al disfrute y al incremento del esfuerzo de nuestros abuelos.

—¡De nuestros gloriosos abuelos!

—¡Hasta sudo pensando en ellos!

—¡Canallas! Ofender a vuestro padre en defensa de un rufián que no sabemos quién es.

—Tú si sabes: "Es un rufián".

—¡Es un hombre!

—Que en el primer puerto atraquen y tiren ese vago a la calle.

—Yo me quedaré con él.

—Y yo.

—¿Lo preferís a vuestro padre?

—¡Sí!

—... Bueno... Quizá nos hemos violentado: llevadlo a un hospital.

—A tu casa.

—¡A nuestra casa!

—¡Estúpidos! ¿Sin saber quién es?

—¡No te va a robar!

—¡No tiene manos!

—¡Me voy de la casa!

—¡Imposible!

—Nos vamos los cuatro.

—¿Quiénes?

—El enfermo...

—Yuriria y nosotros.

—¿Yuriria?

—¡Yuriria!

—No dudará entre la pobreza y la infamia.

—En una clínica no es censurable.

—Irá a la casa.

Zirándaro hizo un gesto apoyando a su hermano.

—Bueno, ya que no la respetáis, llevadlo... A un desconocido. ¡Inexplicable generosidad! ¡Escarnio!

Dos días después avanzada la noche Tzirosto abrió los ojos: "Extraño". "...No era su cuarto! Quiso toser para cerciorarse de que no soñaba, para oírse, para encontrarse, cuando el recuerdo, que esperaba su primer movimiento, tronó su látigo. Hizo por seguir huyendo y apenas pudo moverse. Yuriria que se había dormido sobre una silla se paró de un salto encontrándose con unos ojos preñados de estupor y un rostro interrogante. Haciendo un gran esfuerzo pudo murmurar: "No se mueva... le hace daño". El sonido de la cama y la mujer que hablaba y se movía lo acercaron más a la realidad, "duérmase... le hace bien..." ¿Pero, por qué no podía moverse ni hablar? Sin embargo oía... Y una mano en la frente lo confortaba". Está un poco débil... Descanse..." Yuriria estaba nerviosísima y comenzó a sentirse impotente para afrontar semejante aprieto sola. Quiso ir a llamar a sus hermanos y la detuvo un "No" suplicante de Tzirosto.

—¡No! ¡No me iré! Duérmase. Necesita reposo.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa. No le preocupe nada. Debe estar muy quieto y callado porque está enfermo. No me pregunte más que para hablar tenemos mucho tiempo.

Con solicitud maternal le corrió las manos sobre las sienes y Tzirosto, extremadamente débil, volvió a dormirse.

—No lo pienses. Es necesario para que no lo impresionen personas nuevas. Luego nos presentará. La próxima vez despertará menos exaltado. Piensa en lo que pueda preguntarte para que las respuestas sean concisas y le satisfagan. Míralo con tranquilidad y simpatía, eso le servirá... Y debes descansar cuando te corresponde, la vigilia puede hacerte daño. Respetando lo acordado el trabajo es cómodo para los tres. No vendrás fuera de tus horas.

—Si muchas cosas que hago en otro lado, como leer, lo mismo las puedo hacer aquí, ¿por qué impedírmelo?

—Eres sublime pero harás caso.

Cuando Tzirosto volvió a despertar, Yuriria, aparentando que leía, lo esperaba. Esta vez recordó inmediatamente su situación y reconoció el aposento y a Yuriria. Su debilidad le pareció mayor por las oscilaciones del barco. Sintió un miedo repentino de estar cerca de su hogar y sin pensarlo más volvió a inquirir.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa.

—¿Pero en qué lugar?

Yuriria hizo un gran esfuerzo por no turbarse, tenía que ser "concisca", "clara", "afable" y "no exitarlo".

—...En un barco.

—...!

—Mis hermanos que andaban cazando lo hallaron en el bosque cerca del río. Estaba usted maltratado. Lo trajeron a nuestro yate para curarlo. En cuanto se reponga lo llevaremos a su casa. Por ahora vamos a la nuestra.

—¿Estamos en el río?

—No. En el mar. Ya hemos hablado mucho. Tome este alimento... Ahora procure dormir.

"El mar".

La unción de los ojos profundamente negros con claridades de ensueño, la dulzura de Yuriria y la distancia fueron como un bálsamo y se durmió de nuevo.

—Parece que adivina su desastre.

—Está más tranquilo.

—Se ha localizado: sabe el por qué de mi presencia y entiende el recinto, sin embargo trasluzco en él un mortal abatimiento como si sufriera otro infortunio.

—Está decaído.

—¡Qué dilema! Si lo tratamos con apatía lo mortificamos en su angustia; despreciarlo en su pros-

cripción es hundirlo. Si le damos el cariño que nos inspira, es levantarlo, subirlo, sí, subirlo para que se despeñe de nuevo en su situación funesta.

—¡Te equivocas hermana! El acogimiento no sobra en tales circunstancias. Suponiendo como tú dices que arrastrara otra adversidad, la tercera sería nuestra indiferencia, sepultándolo en lo más hondo de la amargura. Sería negarle un madero al que se ahoga.

—¡No!

—Claro que no. Yuriria. Tu misma bondad te turba. Nosotros también giramos en el vórtice de su pena. Cuando rueda en el inevitable declive de la verdad, sin saberlo nos precipitaremos con él y tuyas serán nuestras manos para que se detenga y nuestra energía para que suba.

—Eres noble y valeroso a un tiempo. Marchas sin inmutarte al suceso que a mi me paraliza. Iré asida a tí, para sentirme fuerte en el minuto aciago!

—Yo soy el hermano mayor de Yuriria y Zirándaro, médico, considéranos como a hermanos. Tú nos inspiras una gran simpatía y nos esforzaremos por ganarnos la tuya.

—Gracias. Mi nombre es Tzirosto.

—Pronto estarás bien.

—Me siguen doliendo las manos.

—... No debes mover los brazos porque te las-

timas. Te hemos curado y vas mejor. En breve llegaremos a nuestra casa. Allí hay más comodidades y la convalecencia será fácil.

Iban por la aorta de la gran ciudad: tranvías, automóviles, camiones repletos, en bloques desarticulados. La gente aglomerada en las esquinas esperando la orden verde de los semáforos, o la señal del policía de tráfico que es un Moisés, partiendo el torrente férreo de las calles para que pase su grey. Qué insignificantes los hombres ante su obra, moviéndose ordenados en la orilla de las avenidas como en el fondo de grietas enormes, displicentes, hasta con el ruido ensordecedor de ríos de acero. Bajaban los muros; las interrupciones eran menos frecuentes; la velocidad mayor. Entraron por paseos ribeteados de jardines; por sombrías alamedas entre las que lucían primorosas residencias, coches como zafiros tallados, como escarabajos verdes y de todos los tonos del iris; glorietsas, mármoles, rosales, fuentes y pensiles.

"Esa es tu nueva casa", dijo Yuriria quedamente y su voz tomó forma en una construcción soberbia. El cuarto de Tzirosto era azul. Por uno de los balcones veíanse aletear perezosas, como grandes estrellas, las palmeras. Más allá, ramajes y nuevas residencias. . .

Pasaron algunos días. Tzirosto se recuperaba con rapidez y pudo descubrir en el fondo de tanta generosidad la conmiseración. Entonces pensó: "Deben adivinar mi desgracia. . . o tal vez en mis desvaríos la he dicho. . ."

La misma Yuriria que era espontánea en su ternura y siempre estaba más que anuente para acompañarlo, a menudo se consternaba y dimulándolo mal salía, con cualquier pretexto.

Una noche despertó Tzirosto insensiblemente. Comenzó a rumiar el pasado. La Luna se escurría entre las hojas de las palmas y llegaba hasta el balcón. No pudo divagar mucho tiempo: Su pensamiento era como la pluma que se balancea sobre un sumidero y al tocarlo desaparece. Zirahuén llegaba risueño y los seres más queridos pasaban arrebatados en una tromba aviesa. La memoria sin piedad echó el ancla en el sepulcro de su hermano: "Sí. Lo hice con los dedos. Se me desgarraban. Entre las uñas y la carne se metía la arena. Deben estar deshechos. Todavía me duelen. Con razón evitan que los vea. Quién sabe cómo los habrán vendado que apenas puedo moverlos. . ." Y encogió los brazos como los pichones que intentan el vuelo. Sin resistencia alguna se escurrieron por las sábanas y entre el miedo y el ansia los levantó frente a los ojos: "¡¡MIS MANOS!!" De un golpe lo comprendió todo.

“¡MIS MANOS! ¡MIS MANOS! ¡¡MIS MANOS!!”

Y se dibujó el rostro aterrado entre los cirios sin llama de los brazos. Por la ventana llegaba, moribundo, de la ciudad apartada un jadeo de hierro. Se levantó sin saber para qué, y en el centro de la sala, con los brazos en alto, quedó un instante fijo como un candelabro. El corazón fue impotente para la verticalidad repentina. Se le enfriaron las sienes y el vahido socavó el equilibrio. Dió unos pasos desconcertados y se fué de cara contra el suelo. Actuó el instinto pero no tenía manos y las muñecas chocaron secamente contra el piso. Se encendieron en sangre los cirios. Quedó inmóvil, agobiado. ¿Para qué huir? No era cuestión de espacio. Era el fatalismo del tiempo.

Temprano de la mañana siguiente lo volvió en si un grito de Yuriria. Se paró con gran desconcierto y estuvo a punto de caer de nuevo. Ella lo recibió en los brazos y ayudó su arribo al lecho. Llegaron corriendo los otros muchachos al terminar la escena:

- No había otro remedio, Tzirosto.
- Estaban gangrenadas.
- No te hemos querido engañar. No se podía.
- Esperábamos que estuvieses más fuerte.
- Acostúmbrate a ordenarle a nuestras manos: son tuyas.

Sanó. Una mañana sentado con Yuriria en un rincón del jardín le narró su historia.

Vedlos: Al frente un corredor sostenido por columnas toscanas: césped, un barandal, tres gradas, y de nuevo el jardín con caminos adoquinados entre miles de flores. Detrás, árboles, y en lo más espeso del bosque una Minerva.

... "No sigas!" Dijo la niña entre lágrimas. "Para qué te mortificas?"

— ¡Debes saberlo!... Y terminó de narrarle su vida.

— ¡Tzirosto...! Debiéramos volver.

— ¡Jamás! Menos ahora. Sería matarlos. ¡La esperanza es menos cruel!

— Entonces vivirás con nosotros... Y sin esperar la respuesta se le abrazó al cuello y lo besó.

Desde una terraza el padre de Yuriria vió la última escena.

— ¡Por qué no lo quieres padre?

— ¡Por qué habría de quererlo? Vino engendrando contrariedades; ha sido el emisario de la discordia; no sólo no lo quiero: ¡lo odio!

— ¡Padre! ¡No puedo creerlo! ¡Qué culpa ha tenido él? No lo conoces. Es afectuoso, es sincero, es bueno. Aún no le has hablado.

— ¡Ya le hablaré!

“Seré un infeliz pero no un parásito”. Pensaba Tzirosto. “Debo irme. Estoy sano. Un peldaño de esta escalera vale más que mi casa... (Obra de mi padre). Cuánto sudor y cuántas lágrimas en esa estatua. Contornos suaves cubiertos de pátina; que distinta cuando a golpes de barreta la arrancaron de las cuevas oscuras de la mina. Sería procacidad quedarme en este paraíso mientras sufren los míos. Debo arrostrar mi destino. Así, al menos sufriré con ellos”.

Habían salido los muchachos. Tzirosto quiso bajar a los prados y se halló en la escalera con el padre de Yuriria.

—Espere.

—Señor.

—¿Muy satisfecho?

—Muy agradecido.

—¿Se siente dueño de la casa!

—¿.....?

—No finja sorpresa. Usted se cree un lince y no pasa de ser un campesino. (Hablabajo para que no lo oyeran con una voz sorda y una saña salvaje).

—Nunca he pretendido ser otra cosa.

—¡Cállese! Ya sé que fingiendo candidez, inventando historias ingenuas, implorando lástima, paga la hospitalidad y forja sus planes.

—¿Planes?

—¡Sí! Planes. Ha elegido el procedimiento de la compasión para enamorar a Yuriria.

—¿Enamorar?

—¡No lo niegue, canalla! Y diciendo ésto le dió un golpe brutal en la cara. Se fué contra la baranda. Resbalaron las muñecas y salpicó de sangre las gradas. Intentó pararse indignado y recibió un feroz puntapié en el rostro ya sangriento que lo hizo rodar hasta el piso.

—“¡Fuera de mi casa vividor cobarde. Que te seques de hambre, desgraciado! ¡Al fin no necesitas las manos! ¡No hay trabajo! ¡Vete con tu caterva degenerada de vagos!”

Salió trastrabillando. Cruzó la calle y dobló en la esquina. Un parque. Fué hasta una fuente para lavarse. Un muchacho que lo observaba se acercó:

—¿Lo ayudo?

—Por favor.

—(¡No tiene manos!)... Está usted muy golpeado.

—Me caí.

El muchacho lo limpió con esmero y Tzirosto siguió caminando sin saber a dónde.

—...Recordaba que una vez de niño Nocutze-po lo golpeó en la cara y antes de que le diera el segundo golpe rodó por el suelo bajo los puños de

Zirahuén... No lo había visto... Hubo que quitárselo... El otro sangró abundantemente y jamás dijo nada...

Tzirosto comenzó a fijarse en su alrededor; mirtos, escuadras de flores en los mosaicos, a un lado una pequeña pérgola y al frente, después de una gradería otra mayor ornada con bugambilias. A lo lejos la montaña.

En medio de las calles, vallico, jardines, y palmeras.

Entre pinos una mesita de mimbre rodeada de sillas vacías. Detrás un sátiro melancólico tañía la flauta.

Caminaba y sin quererlo miraba los jardines suntuosos.

Un tapiz de petunias; otras hierbas mayores también florecidas; un caminito de arena y en una esquina alejada un pequeño templo de mármol bajo las ramas que llegaban de otro predio.

Ahora una fuente circular al nivel del césped hecha con bloques de granito. En medio un geniecillo saltando sobre una tortuga.

Lotos en botón. Más allá un pretil cubierto de plantas y contra él un asiento de piedra tosca.

Los golpes de la cara le ardían.

Cortinas de cipreses. Grandes prados en trapecio. Hortensias en los bordes. En las esquinas pequeños arbustos y grupos de mármol sobre plintos adornados con guirnaldas de rosas. En el centro una piscina redonda y cercándola cuatro bancas de concreto; sobre los árboles, un balcón.

Estaba fatigado y se tendió un momento sobre el césped: Un bosque de fresnos con algunas araucarias, limitado por un barandal blanco. Grandes macetas sembradas de clavellinas y geranios. Gradadas para seguir en su ola al pasto y otras más. Una cortina de piedra con jarrones egipcios llenos de narcisos. En seguida un lago y cisnes.

Siguió caminando.

Un estanque cuadrado. En dos esquinas ranas de piedra, y tiestos con trinitarias en las otras. En un promontorio Diana desnudándose. Aceras de piedra estriada. Un poyo y algunas jacarandas.

Después de una calzada de álamos, en un ensanchamiento, cercado con pasto de hojas largas un cupidillo de bronce huyéndole a una iguana.

En el margen de un arroyo, rodeado de abetos y romeros, en cuclillas, absorto en su imagen, un Narciso éneo.

Magistral relieve: En un claro de la hiedra, Paolo y Francesca huyendo. Al pié, amarantos.

El lago sereno. Un rincón cerrado por cortinajes espesos de sauces llorones. Allí, un Kiosco de mármol blanco, de columnas dóricas y techo bordado: parecía flotando. Las sombras se idealizaban en el agua.

Aún estaba débil.

Rosas, lirios, tulipanes, azucenas, mayas y ciclámenes. Un surtidor de chorro sutil a caza de arco iris! Entre eucaliptos enormes, bailando un fauno. Sobre él, muy alto una gran concha nácar.

Una calzada sinuosa entre cipreses, y aquí y allá, catalpas.

Otra vereda y al pié de los arbustos de la orilla, como un fogonazo de magnesio un ribete largo de flores albas.

Las casas iban apiñándose. Los jardines eran cada vez más pequeños y por fin desaparecieron. Las alamedas se borraron. Los edificios llegaban a la acera aplanando la fachada. El tráfico crecía. Los muros cada cuadra que pasaba eran más altos y más cercano el hervor de la ciudad.

Miles de personas diferentes. Cada quien por su ruta sin mirar a los otros como si estuviesen solos. Los vehículos empujaban a la gente contra las banquetas igual que el río deja la hojarasca en las riberas.

“¡Mis manos! ¿Qué seré en medio de este delirio sin ellas?”... Inflorescencia de la humanidad. Símbolo de civilización. ¿Qué habría sido del hombre sin esas flores de carne? La sociedad se ha tejido yendo de las manos al cerebro y del cerebro a las manos. Trama completa trenzada por los dedos. Un hombre sin manos es un hilo suelto!

Hermanas mayores de la palabra; germen de la comprensión. ¿Dónde estáis que no oís los gemidos del cerebro que se asfixia? ... Muchedumbres bordean los peñascos de los rascacielos. Ha terminado el trabajo y los riscos chorrean gente. Erguido contra el tumulto como la roca que intercepta al raudal, Tzirosto petrificado lo mira: ¡Qué desarmonía; cada quien es distinto...! Y su mirada como un hilo

fino hace un collar de hombres: Indiferente; joven y altanero; . . . Un recuerdo lo acaricia; fatigado el semblante de un muchacho; vanal el de esa niña; optimista y radiante ese otro; éste soñador como un nelumbio abandonado a la corriente; un perfil contraído; un gesto confuso; uno lleno de confianza como si entendiera y amara todo; otro en asecho; uno perseguido. Inexpresivo y cretino. Pícaro. Rencoroso. Agitado. Burlón. Compasivo. Hosco. Babel de rostros. Tumulto. Como si vinieran de todas las direcciones; de todos los dominios conocidos e ignorados del sentimiento, como si obedecieran a la cohesión ficticia del frasco que encierra al gas; con esa repulsión de las cosas enteramente iguales; con esa disforia de las afinidades rotas; con la cacofonía del enlace parcial de las notas que arrastran vibraciones sueltas, chillido de engranajes mal ajustados y cadenas sobrantes.

A Tzirosto lo arrastró la corriente como a un canto rodado.

¿Qué podemos entender de ese laberinto metidos en él? Los detalles se agrandan y las relaciones de conjunto ni se sospechan. Un nudo en la trama e hilos que se pierden por doquiera. ¿Quién no se desorienta? Volemos. Subamos muy alto para descubrir el panorama intrincado del conjunto. Vamos por la espiral ascendente de la comprensión. La va-

riada cuenca de la actividad humana parece más lógica vista desde arriba.

Es de noche. De los montes bajan arroyos de fuego; corren hacia un río cuyo origen se pierde en lontananza. Sigue su curso y se desvanece entre llanuras y serranías de seda, después de una represa gigante que cerrando una garganta se suma a un despeñadero. Debajo de nosotros vemos un gran ensanchamiento donde el fuego líquido reverbera entre juncos y papiros. El río en extensas albuferas duerme su letargo y los manantiales chúcaros del monte languidecen en los tembladeros. A veces del fango igneo sale chapoteando un hipopótamo envuelto en resplandores áureos o bosteza un gavial. Entre los menúfares y cañaverales del lodo se escurren lentos caudales de fuego hasta juntarse en uno mayor que rebasa la presa y se descuelga en las peñas como la cuerda dorada de una guzla. El lodo cierra y abre canales con espasmos de protoplasma relajado. Es tierra que bajó de las cumbres donde nace el fuego y se pudrió. Metida entre leños y rocas; fue la argamasa de la muralla que engendró al pantano y es la madre de las miasmas y de las bestias del fango. Llaga en los pies de las prominencias.

Un estremecimiento de despertar de saurios cruza las cordilleras. Con estrépito inmenso destapan sus cráteres los cerros y lanzan al cielo sus fantasmas de fuego: Gorgonas de lava roja; medusas de hierro; cancerberos; vampiros de púrpura; quimeras vomitando estrellas y babeando grana; se rompen contra el suelo; estallan en el lodo; lo remueven; las

salpicaduras semejan hongos; lirios de oro. El silencio se adorna la cabellera con rosas que al reventar se deshojan. Los declives sangran lava; corre por los repliegues y las quebradas en tumbos broncos. Se mete con brazos obstinados hiriendo al pantano que bulle, brama, hierve. De los escondrijos salen bestias espantadas galopando en el barro. Parece que el pantano se repliega huyendo a la montaña que con olas de lava lo acosa. Se arrincona, recoge los tentáculos como el molusco en fuga. Se guarece pavoroso en la presa y esta cruje, revienta!: Un torrente ensordecedor de lodo cruza el bostezo del precipicio. Ruedan en la vorágine pataleando mil monstruos que como bombas estallan en el fondo. Caen algunas peñas con estrépito sordo. Se despeja la estrechez. La ciénega se vacía y una avenida diluvial de limo fecunda los valles del futuro. Los fogonazos de los volcanes van cesando. Corre menos lava. Menguan los rugidos. El río encuentra su olvidado cauce; los riachuelos ya no se aletargan y está en el ambiente esa calma sedante que sigue a las batallas.

Tzirosto, rendido de topar contra los acantilados de la Ciudad, quedó inmóvil en un rincón, mirando a los transeuntes. Todos tienen manos. No es posible subsistir sin ellas; A cada instante se hacen necesarias. "El hombre fué homo faber antes de ser

homo sapiens'' y ese proceso de filogenia histórica se resume en la ontogénesis de cada quien. Nadie lleva las manos enteramente desocupadas; las que parecen más vacías son en su abatimiento como una queja lastimera de fatiga. Otras modulan en el aire un deseo bosquejado o el complemento de su pretendida solidez. Algunas van cerradas como mazos dispuestos a la lucha; o como asidas a las crines de un propósito desbocado y difícil de domeñar; éstas expresan ansiedad;... Conducen un hijo, una anciana, un libro, una caricia, un castigo. Aquéllas increpan altaneras; éstas se postran y ruegan. Unas son dóciles como guedejas, otras altivas como rompientes.

El gentío heterogéneo que fluye por las calles constantemente es otro, dando la impresión fascinadora de un caleidoscopio, porque basta el artificio de una doctrina para mostrar en lo incoherente armonía. La ambición opone a los hombres bajo un ángulo diedro de espejos; hoy los separa el trabajo y el mismo trabajo los ha de unir luego.

Estuvo en los oleajes obreros que en las mañanas arriban a las fábricas detrás de las manos desesperadas por agarrarse de cualquier barrote. Algunos se quedaban; él no tenía garfios y volvía al piélagos maltratado en la resaca. Entonces flotaba a merced del medio sin timón y sin ancla, como barco al gárete.

Entre millones de hombres sin un amigo.

En ocasiones un reflejo le ordenaba algo a las manos por inercia, y sus voces morían sin eco estranguladas en las muñecas.

Sentía que las meninges se tornaban de acero y lo iban oprimiendo. Una vez se creyó mudo y arañó lo calle con un grito siniestro. Algunos lo miraron y se rieron.

Hambre, insomnio, fastidio, desesperación, asfixia. Cáscaras de hierro lo perseguían. Las quebraba de un tajo su tragedia, su tremenda tragedia, su pasado... Y lo prefería así. Sentía horror de hacerse idiota. No vacilaba entre la estulticia y la agonía por un singular instinto.

Los días compitieron en humillarlo. A veces se aplastaba como el perro bajo el látigo. Los demás hombres le parecían colosos y su desprecio lógico. Entonces estallaba su naturaleza inconforme, como ave herida que intenta remontarse a pesar de sus alas quebradas... pero hunde la cabeza entre las hierbas al constatar su desgracia.

Agua que baja entre piedras y se filtra en la tierra, esclava de la gravedad y de la incoherencia.

Ignoraba para qué y debía vivir.

Las necesidades primarias insatisfechas avasallaban sus sentidos, alejándolo de la razón; acercándolo al instinto. Comer, reflejo protozoario y lo envolvía con espirales de vértigo. Cuando está amenazada la estructura primera del hombre se desnuda del aparato que la cubre y aparece simple como la planta enferma que suelta su follaje.

Todo gira en la urbe. La ciudad en si gira: La fuerza centrífuga desaloja a la miseria y a la opulencia: Una cubre de castillos las colinas, la otra tapiza de hongos la basura o se atrinchera en los tugurios fétidos. Hay una cuerda doble, retorcida, tensa, oblicua que va de las lomas a la escoria; en medio zumba la ciudad.

La menor resistencia le trazó un camino y Tzi-rosto se escurrió hacia el arrabal de la canalla. ¡No! No era que él se erguía, era que se quedaban atrás los titanes e iba penetrando en un mundo donde los hombres decumbían en la inmundicia. Callejones empedrados, sucios, estrechos, sinuosos, hediondos; casillas apiñadas y repletas de gente mugrienta, cada- vérica, niños barrigudos y flacos como mandolinas vivas tañidas por la miseria; perros y hombres sarrosos y flácidos, gestos bestiales, de vicio y crimen; de hambre; de idiotez; pieles escamadas como peces y nunca tocaron el agua; excremento; podredumbre; chusma. Caras en que la sonrisa no consigue echar raíces, como no prenderían en roca viva los asfódclos. Allí la expresión acogedora resulta sobrepuesta y cualquier soplo la barre como niebla o polvo. Allí con pesantez letárgica se mueven los hombres en los miasmas sin haber mirado nunca hacia arriba ni adelante.

Tonos estridentes, palabras soeces, imprecaciones; oprobio. ¿Cómo esperar otra cosa después de encadenarlos a tamaña abyección? El pensamiento es la llama del estómago; árbol que prospera en tie-

rra media; la muy fértil le pudre las raíces y se las desgarran la peor. Majestuoso cuando crece en los taludes de la sierra: levanta con vigor las ramas para asomarse al otro lado de la cresta desafiando vendavales y tormentas. Hince entonces muy hondo su raigambre, hasta los tremedales profundos. A un tiempo se nutre del huracán y de la parálisis del viento. El tallo se cubre de flores y detrás de cada corola hay un fruto. (No va esto con los que se llaman poetas por haberse adornado los sarmientos con flores de papel: esas, ni son tuyas ni dan fruto).

El pulpo de la noche, en su fuga eterna, avanza pegado a la tierra. Como largos alfileres se le clavan en la espalda las estrellas. Los peñascos lo arañan y se quedan con carne entre las garras. Ha medido los tentáculos por los callejones del suburbio. De todas partes sale, con cautela de rata hambrienta, gente haraposa con un algo de hiena. Algunos miran a Tzirosto bajando las cejas, otros de soslayo. ¡Es tan notorio un extraño! Comienza a entender que ha descendido en exceso: allí no hay más que miseria; guaridas de bestias famélicas y él no tiene manos para atacar; no puede ser uno de ellos ni su víctima porque no tiene nada.

Un callejón muy solo. Sugiere que lo ha abandonado poco antes un chorro de murciélagos. En esos arroyos de hedor y tinieblas habitan peces negros. Alguien viene allá; encogido y en asecho como andan los hombres del hampa. Tzirosto se precave fijando la atención en él. Van a encontrarse.

Un formidable golpe a traición lo derriba inconsciente:

- ¡Salió bien!
—¿Necesita otro?
—Dáselo.

Un segundo golpe homicida descarga su saña en la cabeza. Sin decir nada lo arrastran hasta un rincón entre dos casuchas:

- Ni un centavo.
—Es manco.
—Los zapatos no están mal.
—A mi me tocan.
—Juguémoslos.

Lo dejaron desnudo.

—Buen banquete van a darse los perros si lo huelen.

—Así les será más fácil.

—Yo también tengo hambre, préstame tu cuchillo.

—Viene alguien: Vámonos.

Y lo bañaron con una mirada sombría cargada de instintos enfermos.

Muy temprano de la siguiente mañana un niño sucio y pálido condujo a un policía hasta Tzirosto. Estaba vivo. Grandes cuajarones rojos sobre unos papeles esperando a los perros. Una ambulancia lo llevó hasta el hospital más próximo.

—... ¡Tzirosto! ¿Dónde está? ¿Dónde está ese hombre sin manos?

—¿Lo conoce usted doctor?

—Claro que lo conozco. Lléveme a dónde esté.

—Debe ser otro. Fué encontrado en los barrios del hampa y tiene un aspecto deplorable.

—Lléveme a dónde esté.

Caminaron.

—Otro médico podría conocerlo... Usted...

¡No!. Aquí es.

Dos enfermeras iban a comenzar a raparlo para curar la herida del cráneo.

Las sienes blancas. El pelo melcochoso, de oro, plata, grasa, tierra. "Apesta", dijo una de las muchachas. La barba espesa y descuidada caía hasta el pecho en desorden. La frente había extendido las alas muy adentro en la cabeza como ave que se asfixia. La boca, era otra ave del crepúsculo fatigada entre greñas. Los antebrazos secos como los pedúnculos que abandonan los frutos. Flaco. Flaquísimo.

Narcotizado.

... Consiguió que lo trasladaran luego a su clínica y allí lo suturó. Hizo que lo asearan escrupulosamente; que lo despojaran de la barba y le arreglaran el pelo. Entre el sopor del cloroformo y la inanición penetró en su cuerpo una caricia deliciosa de brisa fresca como la de sus años primeros y volvió a soñar:

... Hacía mucho tiempo que andaba perdido en unas grutas tortuosas y oscuras. La cabeza estaba dolorida de chocar contra las piedras. Iba con los

brazos atados y a menudo caía. Una envoltura asfixiante lo torturaba y no conseguía despojarse de ella. Sentía hambre, sed y una inmensa angustia. De pronto el día y la vida se metieron a torrentes por una boca de la cueva: Rompió las cuerdas que lo sujetaban; el manto de asfixia se quedó prendido en los picos de la roca y pudo correr libre hasta la luz: "¡El Mar! ¡El mar! ¡El mar!" Allí estaba el mar, el sol, el viento, la espuma, él!

—¡No llores hermana!, quiero que estés linda fresca y alegre como nunca. Ahora no se nos irá. Cinco años de miseria y desdicha deben parecerle una pesadilla... Cuando abra los ojos que todo le sonría. Sonríele tú. Falta poco para que despierte. ¡Vamos! ¡Alégrate Yuriria!

—Ya van dos veces que lo veo transformarse alzándose del infortunio con ese rostro noble y heroico. Ha echado las raíces más vigorosas en mí durante la prolongada expectativa. ¿Qué era ésta junto a la desgracia que no logró abatir su dignidad? ¡Oh! ¡Qué horroroso! ¡Padre! ¿Cómo pudiste cometer aquél crimen?

—Olvida éso hermana.

—No sé que me pasará cuando me encuentre de nuevo con sus ojos.

—Como entonces, le darás valor.

—Tengo vergüenza.

En ese instante entró Zirándaro.

—Los tres la tenemos y la ocasión de borrar tan negra infamia.

Yuriria se le echó en los brazos.

—¡Animo! Este es el día que esperamos tanto tiempo. ¿Es grave la herida, Nahuatzen?

—No. Muy pronto estará recuperado.

—Ves, empieza bien. Quédate sola. Va a despertar.

Era el momento en que Tzirosto balbucía: “¡El mar! ¡El mar! ¡El mar!!” Y soñaba que iba saltando por la playa entre olas y espuma, feliz, e hinchando los pulmones como velas con el aire del mar. . . Abrió los ojos esplendentes de júbilo:

— . . . ¡Yuriria!

— ¡Tzirosto!

Y se reclinó besándolo. Después lloró largo rato sobre su pecho sin poder evitarlo ni decir nada. Una dulce sensación de alivio seguía penetrando en Tzirosto. Los suspiros de Yuriria se sucedían con la euritmia del oleaje.

. . . ¿Cómo dar crédito a los ojos? . . . Corcel que chapoteó por años en el lodo con peligro de hundirse a cada instante y repentinamente despierta en llano firme, oye redoblar el suelo bajo sus cascos veloces, siente las crines agitarse, enarca el cuello, retoza, el aire se resbala en la piel tersa, tiembla el belfo, relincha y presiente en los confines a la indómita manada hormigueando en la pampa, pero. . . se levantan llamaradas de polvo a lo lejos, se acerca

el huracán, viene un alud de nubes negras y un rayo parte el cielo.

—¡Yuriria!

—¿.....?

—¿Estoy en tu casa?

—¡No! Estás en una clínica.

Tal respuesta lo detuvo en la caída hacia la más honda aflicción y lo dejó vibrando en plena realidad.

En vano se esforzó por recordar lo sucedido. Sintió la impaciencia del extraviado y no pudo contenerse más:

—Yuriria, ¿qué me pasó ahora?

—Nada grave, Tzirosto, te asaltaron.

—¡A mí!

—Y te golpearon. Una ambulancia te condujo sin sentido al hospital. Fué en la Barriada de Cuevas.

Tzirosto volvió a orientarse; se sintió estable como la brújula que se acomoda al meridiano.

—Luego te encontró Nahuatzen.

Los hermanos entraron.

—¡Tzirosto!

—¡Doctor! ¡Zirándaro!

Lo abrazaron conmovidos. Hubo un silencio de emoción vívida.

—Así os conocí.

—Ahora no eres un extraño.

—Te queremos más porque te conocemos mejor.

—...Y no tenemos nada que ocultarte. No hay

nada grave: una herida sin importancia en la cabeza y un golpe en el hombro . . . Come y después reposa. Mañana conversaremos más. Yuriria le dió el alimento y se ausentaron. Un sudor menudo y diáfano como rocío le cubrió el cuerpo y se durmió.

En la madrugada despertó. Una lámpara llenaba con luz tenue el cuarto. Sobre una mesita había agua, medicinas y un libro. En la pared un hermoso cuadro de Rubens: El Deseo. Detrás de las cortinas se insinuaba el amanecer. Apagó y el alba introdujo los brazos. . . "Qué agradable. . . Me afeitaron, me han aseado, todo, todo hasta los dientes. Mi cuerpo. Mi propio cuerpo se estaba ahogando; se corrompía: polvo, sudor, años. . . Qué horrible ha sido esto. . . Y mejor fué así: Zirahuén; moriste sin saber que morías, nadie te hubiera convencido que algo podría vencerte. . . ¿Si hubieses tomado mi lugar? ¡Ni imaginarlo! ¿Qué habrías hecho tú sin manos? Tu tragedia hubiera sido mucho más terrible que la mía. Mejor fué así. ¡Mil veces mejor! . . . Y mi madre? ¡Ay! ¡Madre mía! . . . ¡Pobre Eréndira! Cuitzeo era un niño. . . ¿Qué habrá sido de ellos? ¿No era preferible la verdad? ¡No! ¡No! . . . Quisieron agolparse los recuerdos como el agua cuando la presa cede: tuvo fuerza para contenerlos y se interrogó: "¿A dónde iré ahora? Siento miedo de volver a la ciudad. Ultimamente ha redoblado su rencor.

Quedarme es imposible. Ellos ignoran como me ultrajó su padre. Nadie me ha hecho sentir más mi adversidad. Ni los que me afrentaron con su burla; ni los asesinos del hampa; ni los que se rieron de mi hambre; ni los que se asquearon de mi. ¡Nadie! Ahora lo mataría y es su padre. Aún sin él no me quedaría. No puedo ser un parásito. En la Ciudad pude serlo y no quise. Huía del cariño que me cobraban para no vivir de la misericordia. Comí sobras pero no de limosna. Todo lo intenté. Ya casi me siento con derecho a morir... Si no fuera por una remota esperanza que aún aletea; algo que no sé de dónde viene ni que es... ¿Y el campo?... ¡NO! ¡El campo no! Allá no podría hacer nada. Parece irremediable mi vuelta a la ciudad. No queda otro recurso: ¡Volveré a escapar!

El alba había escondido los brazos pálidos y el sol ya derramaba sobre el mundo su polen a cántaros.

Una enfermera lo arregló todo. Le dió el desayuno y le trajo los periódicos. Leía con avidez la sección de empleos cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Era Yuriria con un lindo niño de la mano.

—¿Cómo amaneciste?

—Mucho mejor.

—¡Qué dicha! ¡Muy pronto estarás bien!

El niño se soltó de las manos de Yuriria y corrió hasta Tzirosto:

—¿Qué tienes?

—Un golpe.

—¿Dónde?

—En la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Tzirosto. ¿Y tú?

—Enandio. ¿Qué es éso?

—Un termómetro.

—¿Me lo prestas?

—¡Claro! Cógelo.

Se subió a la cama.

—Déjalo Yuriria. ¿Quién es?

—El hijo de Zirándaro. Se casó hace cuatro años.

Hoy te va a presentar a su esposa. Es muy buena y también te quiere. Yo vivo con ellos.

—¿Por qué?

—Nuestro padre murió. Nahuatzen vive aquí mismo.

—¡Cuántas cosas han sucedido!

—Desde entonces Zirándaro dirige la fábrica, que ha prosperado en muchos aspectos. La casa vieja la vendimos. Ahora radicamos en las afueras.

El niño interrumpió el diálogo iniciando otro:

—¿Cuándo vas a casa?

—Cuando esté bien.

—Quiero que me veas armar mi edificio. El otro era más sencillo: éste es muy grande. Dice papá que después voy a montar una fábrica igual a la nuestra.

—¡Cómo no! Lo harás muy bien. Hasta podrás armar un barco.

—¡Sí. Sí! También se lo pediré a papá.

Entró Zirándaro con la esposa que saludó a Tzirosto como si lo conociera desde hacía mucho. Era

una mujer esbelta, trigueña, de ojos claros, inteligentes, frente despejada, dentadura pareja y blanquísima, manos finas y largas. El marco de las mejillas, el dorso del cuello y los antebrazos, recubiertos de un vello finísimo como el de los duraznos, los movimientos elegantes y fáciles, facunda, bella:

—Huacama.

—Tzirosto.

—¿Lo ha molestado Enandio?

—De ninguna manera. Siempre he querido a los niños. Son tan inteligentes y curiosos.

—Nos obligan a pensar en lo que hacía mucho aceptábamos en forma tácita.

El niño se fué a jugar a los jardines.

—¿Ya desayunaste? Inquirió Zirándaro.

—Sí.

—¡Qué lástima! Fíjate en lo que traemos.

Y de una pequeña valija sacó una serie de elipses metálicas ajustables con diferentes ranuras y ensanchamientos para láminas, ganchos, pinzas y muchas otras piezas niqueladas, de plata, de caucho, de distintas pastas. Tzirosto sintió una vivísima exaltación y estiró las muñecas con avidez incorporándose. Zirándaro puso en ambas unos aros ajustando a uno un cepillo de dientes y al otro un vaso:

—Lavátelos. Esas las ideó Yuriria. Ya verás las mías. Y las de Nahuatzen y las mías, agregó Huacama. Tzirosto lo hizo dominando al corazón conmovido. Apenas terminó les abrió los brazos; se reclinó en un hombro de Yuriria, estremecido, mudo, em-

bargado por la más grata de las emociones. En eso entró Nahuatzen:

—¡Claro! Podrás bañarte, nadar, vestirme, comer, peinarte y hasta aplaudir si quieres.

—¡Nahuatzen! ¿En cuánto tiempo habéis hecho esto?

—Comenzamos antes de que te fueras.

—Y seguimos porque teníamos que encontrar-te.

—¿Tánto me queréis?... Y yo que ni puedo decirlos gracias: Me parecen tan insuficientes las palabras!

—Te queremos porque nos agradas. Porque contigo somos más felices. Te queremos porque nos queremos. El hombre siempre quiere porque se quiere. En su propio afecto debe hallar su compensación. Es más dichoso quien encuentra más motivos despertando su cariño.

—Cierto, Zirándaro. Cada vez que he tenido la fortuna de encontraros os he aspirado como un céfiro fresco en mi tribulación. ¡Os quiero porque aún me quiero!

Tzirosto no estuvo más en la cama. Se pasó ensayando los dispositivos con ferviente regocijo. En ello participaban Yuriria, sus hermanos, y hasta el fogoso Enandio.

bargado por la más grata de las emociones. En eso entró Nahuatzen:

—¡Claro! Podrás bañarte, nadar, vestirte, comer, peinarte y hasta aplaudir si quieres.

—¡Nahuatzen! ¿En cuánto tiempo habéis hecho ésto?

—Comenzamos antes de que te fueras.

—Y seguimos porque teníamos que encontrar-te.

—¿Tángo me queréis? . . . Y yo que ni puedo decir gracias: Me parecen tan insuficientes las palabras!

—Te queremos porque nos agradas. Porque contigo somos más felices. Te queremos porque nos queremos. El hombre siempre quiere porque se quiere. En su propio afecto debe hallar su compensación. Es más dichoso quien encuentra más motivos despertando su cariño.

—Cierto, Zirándaro. Cada vez que he tenido la fortuna de encontraros os he aspirado como un céfiro fresco en mi tribulación. ¡Os quiero porque aún me quiero!

Tzirosto no estuvo más en la cama. Se pasó ensayando los dispositivos con ferviente regocijo. En ello participaban Yuriria, sus hermanos, y hasta el fogoso Enandio.

Comenzaba la noche cuando entró Nahuatzen con un traje negro:

—Póntelo. Nos vamos a cenar con Zirándaro.

—¿.....?

—Te tomaron las medidas cuando estabas anes-
tasiado. Apúrate, ya los oigo venir.

—... Pero...

—Me lo pagarás luego.

No terminaba de alistarse cuando llamó Yuriria. Venía muy bien ataviada y con ello su belleza se manifiestaba mucho mejor. Le arregló la corbata. Le sacó discretamente un ángulo del pañuelo. Pasó las manos suavísimas sobre el cabello para acentuar las ondas y se enganchó a su brazo echándose a caminar por el cuarto.

—¿Qué tal Nahuatzen?

—Magnífico, hermana, hacéis una pareja deliciosa.

El coche fastuoso entró por una calzada cubierta de fresnos con dos hileras largas de faroles. La casa estaba rodeada de jardines, césped y árboles. Entre ellos monumentos mitológicos de bronce, una fuente con dos azacanas griegas de bustos descubiertos, cuchicheando sobre las ánforas. Una barda circundaba la mansión. Llegaron. La servidumbre se tragó su protocolo. Huacama y Zirándaro los espe-

raban. El lujo anonadador halló su equilibrio en Tzirosto únicamente por la llaneza exquisita de sus dueños.

—Es una hermosa casa. Me prendó y la compré. Sus primeros dueños la dispusieron con primor. Aunque resulta grande para nosotros nos garantiza calma, aire fresco, paz y queda cerca de la ciudad.

—Ya verás de día las comodidades que tiene. Ahora vamos a cenar.

—Es primorosa. Contestó Tzirosto. “No había visto nada tan bello”.

—¡Hola Tzirosto! Gritó Enandio que llegaba. “Armemos el barco; hoy me lo trajeron”.

—Mañana, hijo, la mesa está puesta.

Hacía años no se sentaba a una mesa y aquélla, aunque opulenta, le recordaba la pobre de su casa donde Pacanda tomaba asiento después de haberlos servido, satisfecha, cariñosa. Una plática alegre y ligera en la que intervenía Enandio animó la cena. Zirándaro tocó como un virtuoso algunos lieder de Schubert. Después fueron a la biblioteca selectamente escogida. Subieron a la terraza. Era una noche templada. Yuriria puso la radio y bailaron. La charla encogió las horas.

—Este es tu cuarto.

—¿Mi cuarto?

—¿Qué te parece?

—... Espléndido, pero...

—No hay pero. Desde que compré la casa este es tu cuarto.

No sólo era su cuarto. Era su paraíso. Había sido adecuado de tal modo que podía manejarlo a su antojo con gran facilidad. Al frente de cada objeto el medio para usarlo, en perfecto orden, discretamente dispuesto, sin que riñeran ni una vez lo útil con lo estético. Sintió que el mundo perdido se le acercaba, se volvía de nuevo asequible, desplegaba el ceño y hasta parecía dispuesto a sonreírle. Cabe a la ventana que daba a los jardines, un moderno escritorio. . . ¡Qué maravilla! podía escribir. ¡Si! estaba haciéndolo. Sus muñecas estallaron en nombres inolvidables, que caían como descargas del pasado por el brazo, sacudiéndole la carne.

Noche reclinada en jazmines. Abandono del cuerpo que mimado se entrega al corsario del sueño. Descanso de las ansias colmadas, en bruñidos remansos flotaba. Una noche sin nubes que empañaran el cielo, redonda. De incesante silencio.

En la mañana del siguiente día acompañó a Zirándaro a la fábrica. Estaba en movimiento. La recorrieron. Asimiló con facilidad las grandes líneas del proceso general:

- Cada cosa ha sido localizada sabiamente.
- Es la experiencia de siglos.
- Armoniza en forma perfecta.
- La perfección es la integridad de la armonía.
- Y cada máquina en sí es armoniosa.
- Y cada pieza.
- ¿Y todas las fábricas?

—En parte.

—¿Por qué, Zirándaro?

—Porque los hombres chocan en vez de sumarse.

—No entiendo.

—Sí, la humanidad actual se debate en un laberinto estúpido. Hay dos corrientes de hombres que chocan con estrépito.

—¿Dónde?

—En el instinto. Allí se entabla el combate. Además de chocar un torrente contra el otro, en cada uno sus moléculas chocan, unas ambiciosas, por vivir las otras. En la enconada lucha pasan de un caudal al otro las salpicaduras.

—...¿La competencia?

—Exacto.

—¿No es la argamasa del progreso?

—Es el delirio de la ambición.

—Ha levantado lo que hay.

—Ha destruído en una lucha torpe lo que podría haber y amenaza lo que ha hecho. Sin embargo la técnica se ordena. Tiende a la especialización. Cristaliza en cubos. Se depura. Se coordina. Ofrece incontables ambientes para que cada quien encuentre el suyo y brille el Universo en los hombres del futuro... Los miro crecer desiguales, sobre ese panorama cubista del progreso, porque cada uno podrá hallar su clima óptimo, pero nadie dará más de lo posible y no todos pueden dar lo mismo. Cuando desaparezca la competencia, la acción humana será como una inmensa sinfonía, un coro universal; oídla hoy como araña los instrumentos y nos destempla

los dientes, cómo aúlla crispando los nervios; cómo corrompe a los hombres; cómo pudre a la dignidad; cómo desvía al genio; salamera, insidiosa, hipócrita!

—Contigo no ha sido cruel.

—¡Cierto! Yo soy de los que pescan en río revuelto.

—Veo que te atormenta hacerlo.

—No es suficiente.

Siguieron yendo juntos a la fábrica. Tzirosto se familiarizó con ella y captaba unánimes simpatías llegando a ser un factor de gran utilidad. El trabajo directivo se aligeró y fué más perfecto.

Una vez cuando volvían a la casa Tzirosto dijo:

—En ese gran hotel trabajé yo. Era elevadorista. Cumplía bien. Me despidieron después de algunos meses porque a los clientes les daba asco un hombre sin manos. También conduje tranvías: me consideraron peligroso. Vendí periódicos. No faltaban obreros que me ayudaran a conseguir algo, que indefectiblemente perdía: me despedían o me iba. Sentirme inútil era mi mayor tortura. El último año fué fatídico. Hambre. Una serie nefasta de fracasos. Las desgarraduras de las ropa eran como las bocas heladas del invierno riéndose pegadas a mi cuerpo.

—Has llegado a ser indispensable en la fábrica.

—Sirvo. Eso me ha dado nueva vida.

—Jamás habían sido los negocios tan prósperos.

—Es más cuestión del momento que de nosotros.

—Somos factores.

—Hay muchos... Me habéis resucitado. Mi cuerpo se arrastró por estas calles. Estuvo bajo la planta de miriadas de gente que me hundía con su indiferencia, con su lástima, con su sarcasmo.

—Ahora conoces mejor a los hombres.

—Conozco su miseria.

—Y mi opulencia que es uno de sus matices.

—Tu eres noble en ella.

—Así cualquiera podría serlo.

—Cierto... Sin embargo no lo son.

—... Si conociéramos ese medio... Pero conocerlo no es acercarse a él. Conocerlo es vivirlo. Lo demás es farsa: ridículos contactos, felonía, piedad con alas... ¡Otros hombres! Flotamos sobre ellos como el aceite en el agua.

Tzirosto se llenó de optimismo. La acción lo hacía más recio: sus aciertos lo vivificaban. Aquella casa era su casa. Su oasis. Allí encontró nuevos hermanos. En Enandio, un hijo.

Azahares. Gorjeos de los canarios en los limoneros. Retoños. Brisa. Claridades del alba, rocío.

Tintineo de estrellas que se apagan. Titilar de estrellas que se encienden en nosotros. Esa paz entera y agradable del mar del que no esperamos nada y nos hipnotiza, de sus rocas solitarias, de sus nidos vacíos, de sus aves ausentes. Esa quietud de las cordilleras azulosas, de gargantas oscuras, insondables!

Sosiego de la llanura. Tranquilidad del firmamento. Detrás del horizonte hay un murmullo de violines. Hay un murmullo de violoncelos detrás de la bóveda celeste y en los desfiladeros hay un murmullo de flautas pastoriles. Notas de piano y arpa quieren reventar en el suelo y hacer burbujas en el mar.

Más lejos del horizonte, más allá de los espacios sidéreos; en las grutas de los cerros; más recóncito en la tierra; más hondo en el mar, hay millones de músicos tañendo una sinfonía universal. Se acerca: Muerde el horizonte, perfora el cielo, sale danzando de las grietas, germina, salpica en el mar. Avanza. Vuela. Crece. . . Yuriria: Han llegado aves de todos los rumbos y te acarician. En tu cuerpo se enredan y florecen campánulas. Los pastores bailan al son de sus flautas. . . : "Sí. . . Estaba en el aire. Me ha invadido por los poros. Avanza. Vuela. Se acerca. Crece. Me abraza y a un tiempo se estremece adentro. ¡Lo amo! . . . ¡Pero él!"

Mil novecientos veintinueve. Montañas de productos sin venderse. Almacenes repletos como voluminosos estómagos de cemento y fierro congestinados. Miseria. Por las calles multitudes hambrientas y las calles entre grandes bodegas como frutas de cáscara pétrea con espinas de acero entre avispas de plomo. Otra vez volvíamos a ser paganos ofreciendo los víveres del pueblo a las fauces del mar y a la deidad del fuego. Crisis. Cadena de compromisos defraudados. El crédito en el torbellino hecho pedazos. Empresas de papel. Acciones en el viento del otoño. Castillo de naipes. Ironía. Aberración de la competencia.

—Tzirosto: No debemos dejar que se pierda la fábrica.

—Ni uno de los hombres.

—Ellos son su esencia.

—La organizaremos para la peor de las bregas.

Hasta la última pieza entró en un plan estricto de economía y eficiencia. Se formaron fondos de reserva con los escasos beneficios. Después no los hubo. Disminuyeron los salarios. Los precios seguían bajando. Se tomaron las reservas hechas. No se tuvo en cuenta la amortización. La borrasca continuaba. La fábrica seguía dispuesta a hundirse o a salvarse entera, Zirándaro vendió primero el yate, luego otras propiedades. En seguida la clínica. Por último hipotecó la casa.

Tres años. El mal tiempo amainaba. El cielo volvía a mostrarse limpio y los caminos de paz y

recuperación aparecían de nuevo atravesando la llanada.

“Así es. No lo había entendido antes de ahora. Estábamos tan acosados. Era tan fundamental el trabajo. Tan trascendentes las determinaciones. Tan azarosas! Sin embargo, amaba la lucha porque detrás de cada fatiga, me esperaba el hogar y allí estaba Yuriria. Me ha inspirado en los problemas difíciles desde mi propio fondo. Su confianza en mí me ha robustecido. Su solicitud y dulzura me han halagado. Ha conseguido que me vuelva a encontrar, que sea el que fui y más . . . Cómo logró tanto? Serían sus palabras? El ensueño incomparable de sus ojos? Sus actos? Sus formas? El esplendor de su rostro? Su bondad? Su afecto? Su inteligencia? Su sensibilidad artítica? Su sentido de lo real? Su esbeltez? Su gracia? Qué? Toda! Toda penetró en mí! ¡Integral! Me sustentaba de ella sin saberlo. Ahora lo entiendo: ¡La amo! . . . ¿Pero ella?

—Si, Yuriria, te adoro y siento la felicidad más intensa al saber que me quieres pero no puedo disfrutarla: subir a esas cumbres haría más profundos mis abismos.

—No lo digas ahora. Apaga el recuerdo. Vivamos en lo irreal un momento. Sobre las nubes. Es mi instante supremo. Y se unieron en el más codiciado de los besos. Los dos cuerpos se volvían esencia, fuego, emoción, pensamiento, ardiendo en una sola llama.

—Las Pléyades, Sirio, Orión... Han querido esta noche las estrellas alumbrar nuestro amor: Míralas. Parece que están en las ramas prendidas y están muy lejos, tal vez ni estén, como esos hombres que ya no existen y siguen pensando.

—Sirio. Ojalá que lo veamos siempre juntos..

—¿Y si no?

—Cada vez que lo viera me acordaría de esta noche... De tí.

—Me has unido con él al recuerdo más grato. Que siga siendo ese diamante el que te sujete en el firmamento. La antorcha que te alumbre la senda en mi interior.

Yuriria quedó abstraída, sintiendo que bajaba por extensas laderas, por bosques de pinos que cercaban lagos transparentes como topacios, entre los bohíos serranos donde nacían cantos melancólicos... por senderos ignotos.

“Mi soledad es austera. Me muestra la verdad en su plenitud. Está más allá de la compasión y del odio. Es el estómago que digiere al desorden. Des-

pluma las ficciones. Sólo acepta lo que es. ¡Cómo se ha transformado! Todavía la recuerdo como la atmósfera invitando a los pájaros incansables de mi fantasía. Temo la fortuna. Me horroriza el remordimiento. Me desvela la incertidumbre. Yo los condené a ella y el tiempo vengador me ha atado a igual suplicio. Cuán amarga su desventura. Qué cruel he sido. La dicha apenas logra tocarme y después se vuelven sus caricias horribles quemaduras. Ellos... Ellos han padecido por años la llaga de la duda... Y en mis labios la verdad, aunque fría y acerada como la hoja de un puñal, preferible a esa lepra. Si lograra curarla, quién borraría sus cicatrices que seguirían doliendo con las lunas llenas?... No permitiré que os consuma esa llama negra!... Quizá la miseria y nuevas desdichas. ¡Volverá! ¡Madre! Volveré a tus brazos a desatar a un tiempo en tí la alegría y el dolor; arrancaré la duda que llevará en sus raíces sangrientas pedazos de tu vida. Yo la sembré y yo debo extirparla aunque sea destrozándome el alma. Ahora no seré una carga. Seré tu alivio. Tu sostén y sonreirá tu vejez. Necesitamos un poco de tranquilidad. Un día sereno. Algo de descanso y de paz. Un rincón en El Valle donde podamos sentarnos a llorar... Quiero ver mi casa allá cerca de la fuente, rodeada de potreros. Sobre el césped el trillo y sus árboles. Los suraes pensativos con sus barbas de viejo, los tucuicos, las murtas, los robles, los encinos, los cedros! Los lugares por donde corrí de niño y medité de adolescente. Los claros del bosque, los racimos de moras. Quiero

morder en sus ramas a las pomarosas. Saltar por las pendientes, seguir a las codornices, galopar por las veredas del pueblo con estela de polvo... No estará Zirahuén a mi lado. No soy el mismo. No habrá tantas sorpresas como entonces. Esos moldes están rebosando. El tiempo irá más de prisa a falta de cosas nuevas en alas de la rutina y mi inflorescencia pueril habrá cuajado frutos amargos... Jamás podré sentir que mis dedos esponjan la pulpa nivea de la anona; ni me columpiaré en los bejucos; ni alisarán mis manos los cuerpos palpitantes de los pájaros que devolvían al aire; ni se llenarán con los hombros y la cara de mi dulce Tzaráracua... Jamás de los jamases. ¡Nostalgia! ¡Nostalgia incurable!... ¡Memoria! Cohesión de los hechos. Mi tortura. A veces suspiro por las aguas del Leteo. Memoria. Eso es lo que soy porque soy lo que sé. La aberración de lo que sé. De lo más que se puede saber: un trozo deforme del Universo. Mi Universo. Un hombre como yo y en las tinieblas creciéndole brazos por doquiera como vástagos que no llegan a dar frutos..."

"...Investigando y las cosas no tuvieron principio. Deduciendo y las cosas no tendrán fin. ¡Las cosas son!

—Llévame Tzirosto.

—Debo ir solo.

—Traerás a Pacanda a vivir con nosotros.

—Y a los demás.

—Quién sabe cuántas cosas habrán pasado.

—No caviles. No te atormentes. Vete a buscarlos. Tú sabrás enfrentarte a lo que venga.

—Hemos escogido el mejor camino. Debes recorrerlo con optimismo.

—¡No! No te construyas ilusiones. Ve preparado para cualquier sorpresa. Nada más habiendo vuelto pisará tu cerebro suelo firme.

—Yo llegaré poco después. ¡Quiero conocer El Valle donde naciste, tu montaña, tus árboles, tu río!

—Allá te esperaré mi querida Yuriria. Vas a ver cómo es bonito.

—No es posible.

—Yo lo he visto. Fingió no conocerme. A pesar de su disfraz sigue siendo él. ¡Qué raro! Volver hasta ahora y solo. ¿Qué sería de Zirahuén?

—¡Cállate!

—¿Por qué te ofuscas? Acaso no te convenciste de que es un hombre malo. Para mí es capaz de todo, hasta de esperar años para cumplir sus planes. Considera cuando vuelve. Cuán expedito está su paso. Cómo se han aligerado los obstáculos.

—¿Ves la cicatriz de ese árbol? Pronto cumplirá nueve años.

—Parece un nombre.

—Decía Eréndira. El tiempo lo ha borrado con musgo y corteza tosca.

—¿Quién lo puso?

—Todavía no lo sé.

—¿Era ésto lo que ansiabas que viera?

—Sígueme.

Llegaron frente a una bercha descomunal, árida, cubierta de piedra y con despojos de árboles aquí y allá.

—Es el antiguo lecho del río.

—Escúchalo que retirado corre ahora.

—Todavía va un hilo de agua clara por el centro.

—Es de un arroyo que desemboca algo más arriba. Viene de esos cerros.

—Le fué más fiel al cauce que al torrente. Ha hecho más notoria su existencia pero irá menos lejos. Un poco más y acabarán de chupárselo el sol y la arena.

—¿Por qué hablas tanto Cuitzeo?

—¿Por qué no habría de hacerlo?... Excúsame. Sé que vives mejor en el mutismo. ¿Cómo no habrían de molestarte mis palabras si rehusas aún las tuyas?... Termina de decirme: ¿A qué me has traído?

—Espera.

Miró las plantas como reconociéndolas. Allá había una playa mullida entre las piedras. Comenzaban

a arañarla como dedos amarillos y nudosos los rizomas de la caña brava.

— ¡Allá es!

— ¿Allá es qué?

— Vente. . . Escúchame: Este es un lugar fatídico. Lo abandonó hasta el río. En ese recodo había una poza verde como una esmeralda. Allí nadábamos después de la cacería. . .

Y le narró aquélla lamentable historia. Cuitzeo interrumpió muchas veces violento:

— ¡Estás equivocado! Tzirosto era el más leal de los humanos. Algo desconocido hay en lo de Camanja. . . Y siguió escuchando.

— ¡Estúpido! Es mejor que vuelvas a callarte antes de que te mate! ¡Para él, Eréndira era una hermana sagrada!

— Domínate Cuitzeo. Te lo estoy diciendo a tí solo. Escúchame hasta el final. Es necesario. Después, si quieres, mátame. Lo que te diré es lo que he visto. Yo no miento.

— Es lo que te hizo ver la maldad infernal de Nocutzepo. . . ¡Ahora comprendo muchas cosas! ¡Yo ahorcaré a esa serpiente!

— Lo que sigue no lo sabe Nocutzepo. Se lo tragaron mis ojos, como tragarse al infierno. ¡No confíes demasiado en tus recuerdos de niño! Esto es monstruoso y sin embargo es cierto: Ese montículo de piedras es la tumba de Zirahuén.

— ¿La tumba de Zirahuén?

— ¡La tumba de Zirahuén!

— ¿Lo encontraste muerto?

—Lo encontré enterrado con un balazo en la espalda.

—¡Un tiro escapado! ¡Pobres hermanos míos! ¡Qué horrible! Quién sabe dónde murió Tzirosto desolado.

—¡No! Lo asesinó para robarle a Eréndira.

Cuitzeo saltó como pantera herida sobre Cupatitzio.

—¡Infame! ¡Estás loco!

Y lo derribó agarrándolo por el cuello pero pudo decir:

—Tzirosto ha vuelto.

—¿Qué dices?

—Está en el pueblo.

Una conmoción irguió a Cuitzeo. Los dos entraron al bosque y corrieron por distintas direcciones.

Tzirosto resbalaba la mirada bajo el ala del sombrero. Las muñecas hundidas en los bolsillos. Un portafolio bajo el brazo. Gafas: daba el aspecto de un comerciante viajero. Evitaba ser reconocido antes de llegar a su casa.

—“Cieo que Nocutzepo sospecha. Debo irme en seguida”.

Qué poco había cambiado el pueblo. Las calles idénticas. Los chiquillos jugando en la plazoleta en enorme gritería. Las mismas casas: “La de mis abuelos. Alguien entra. La de Eréndira. Allá la de Tza-

ráracua con sus anchos corredores y sus árboles... Y esta gente que pasa a mi lado sin sospechar quién soy. ¡Familiares, amigos, sin mirarme siquiera! Unos están iguales. Consumidos otros. Tengo que sujetar los brazos que quieren aletear emocionados... Entre esa muchachada apenas si logro suponer quienes son algunos. ¡En ellos me veo yo mismo hace mucho tiempo! ¡Oh tempestad de recuerdos!"

Subió a la montaña. Paredones rojos. Potreros. Racimos de moras en la maleza. Los rastrojos salpicados de santa lucía y manzanilla. Los soterrés trinando en las cercas de piedra donde se asoman curiosas lagartijas. De vez en cuando en la espesura el canto del jilguero.

"¡Cuántas veces recorrí este trecho y aunque está igual... ¡Qué distinto! El árbol. El ceiba maldito. Metido en él ultrajó Nocutzepo a la verdad tramando su peor vileza. No pudo ser de otra manera. Así me arrebató a Tzaráracua... Debo llegar. Ya me estalla el cerebro de impaciencia. Estoy a un paso de la verdad. Lo sospecho todo y todo lo rechazo. Me parece que a mi lado viene Zirahuén. Día tras día pasé por aquí con él... Hasta lo oigo... De niño fogoso. Sus bromas. Sus cantos de novio. ¡Oh! Cuando considero la aflicción que les llevo los pies se me vuelven de plomo... Si pienso en la duda soy como el aguilucho que engendra y reprime el impulso de abandonar el risco".

"El viento de la cima".

Se arrastró con los ojos cerrados hasta una roca subiendo en ella al tacto.

“Ojos míos: Aún os conservo. Voy a abriros: ¡Mi Valle! ¡Integro! ¡Las dos casas! Humea la nuestra. ¡Madre! ¡Adorada madre mía! ¡Cuitzeo! ¡Eréndira! Un galerón nuevo a la izquierda. ¡Los potrerros han crecido! ¡El río! El ganado disperso. “Inmóvil, con el hocico pegado al suelo”. Un toro rizaba el aire bramando. Más allá las peñas. “Nuestra tierra. Al pié de esta roca murió mi padre. Aquí nos hemos extasiado en el ensueño, en la meditación, en la reminiscencia. ¡La Cima! ¡Idéntica! Llena de aire fresco”.

“¡Más que a ellos me busco a mí mismo! ¡Aquél! ¡Entre más me persigo más me alejo!: Mi nostalgia no es nostalgia de espacio, es nostalgia de tiempo!”

Alguien estaba en el camino.

“¿Por qué pararme? ¡Adelante! ¡A eso he venido! ¡Quizá sea mi madre! ¡De una vez!”

Una tremenda turbación lo invadía. Miles de sentimientos aleteaban sin rumbo, chocando como pájaros ahuyentados en la noche. En medio de la confusión la voluntad seguía obsecada: “¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! Y el cuerpo avanzaba.

—¡Tzirosto!

Aquella visión. Aquél hombre tocó de un golpe las molécula de su carne que concurren veloces como innúmeros conos a clavarse en un punto.

—¿Y Zirahuén?

—¡Eréndira! Pobre Eréndira: ¡Zirahuén murió en la selva! Sin decir nada más se abrazaron. Súbitamente Tzirosto abrió los ojos y se dobló hacia atrás. Como saliendo de su espalda con la mano de

recha levantada huyó hacia La Cima Cupatitzio. Eréndira quedó perpleja sosteniéndolo por la cintura sin acertar a comprender lo que pasaba, hasta que la sangre le quemó las manos y un grito como otro puñal hirió al silencio. Tzirosto cayó en el zacate. Por el potrero, desgañado y veloz llegó Cuitzeo, interrogante y angustiado. Estaba agitadísimo. Sin decir palabra lo tomó en los brazos; arrancó el acero sangriento y lo tiró por el aire con un gesto de espanto y odio.

—¡Tzirosto! ¡Hermano! ¡Hermanito!

—¡Escóndeme! ¡Sepúltame lejos! ¡Que no lo sepa mi madre!

—...Ella o lo sabe todo o nunca lo sabrá.

—¡.....!

—¿.. Tus manos?

—Si las hubiera perdido antes...

Un niño rubio, de ocho años, llegó corriendo con ojos sorprendidos.

—¿Qué pasa mamá?

Tzirosto lo miró dulcemente, puso una muñeca sobre los cabellos ensortijados y le preguntó con voz débil:

—¿Cómo te llamas?

—Zirahuén.

Lo acercó al pecho y lloró sobre él. La sangre seguía corriendo. Palpitó el sendero con los cascos de un caballo que bajaba galopando y una mujer extraña llegó y lo abrazó desesperada.

—"...Yuriria..."

dijo Tzirosto en su postrer palabra.

Sosiego plácido y azul. En los güizaros aleteos y cantos. Las oropéndolas pasaban bullangueras a buscar frutas en los campos.

F I N

